

nian más á la vista: la casa. Los largos inviernos, las continuas lluvias, la humedad, la variación continua del tiempo, obligan al holandés á estar gran parte del año y del día en su casa. A esta casa pequeña, á este rincón, lo ama bastante más que nosotros, justamente porque lo necesita más y vive más en él; lo provee de todas las comodidades, lo cuida y le gusta ver, detrás de las ventanas bien cerradas, la nieve que cae y el agua que diluvia, y decir:—Enfurécete, temporal, estoy caliente y en seguridad.—En este su rincón, junto á su buena chimenea, en medio de sus hijos, pasa las largas veladas del otoño y del invierno, comiendo mucho, bebiendo mucho, fumando mucho y olvidando entre modestos goces, los cuidados del día. Los pintores holandeses retratan esta casa y esta vida en cuadritos proporcionados á las pequeñas paredes en que han de estar colgados: las alcobas, que hacen sentir el placer del descanso, las cocinas, las mesas puestas, las facciones frescas y risueñas de las madres de familia, los hombres en torno del hogar; y como concienzudos realistas que nada olvidan, añaden: el gato que dormita, el perro que vela, la gallina que picotea, la escoba, las legumbres, los pollos desplumados. Esta vida la retratan en todas las clases de la sociedad y en todas las escenas: la conversacion, el baile, las orgías, los juegos, las fiestas; y así se hacen famosos los Terburg, los Metzú los Nets-

cher, los Dov, los Mieris, los Steen, los Brouwer, los Van Ostade.

Después de la casa, pasan al campo. El clima enemigo no concede sino muy breve tiempo para admirar la Naturaleza; por eso mismo los holandeses la admiran mejor; saludan á la primavera con alegría más viva, y aquella fugitiva sonrisa del cielo, se graba más profundamente en su fantasía. El país no es bello; pero es doblemente querido, porque fué arrancado al mar y á los extranjeros; lo retratan con delicia; crean el paisaje sencillo, ingénuo, lleno de un sentimiento íntimo que no tienen en aquel tiempo los paisajistas italianos ni los belgas. Su país, llano y monótono, presenta á sus atentos ojos una variedad maravillosa. Aprovechan todas las variaciones del cielo; se sirven del agua—que hay donde quiera—que refleja, dá gracia y frescura y lo ilumina todo; no tienen montañas, ponen en el fondo de sus cuadros las dunas; no tienen bosques, pero ven y hacen ver los misterios de un bosque en un grupo de árboles, y animan todo esto con sus bellísimos animales y con sus velas. El asunto de un cuadro suyo es bien pobre: un molino de viento, un canal y un cielo gris; ¡pero en cuántas cosas hace pensar! Algunos de ellos, no satisfechos de aquella Naturaleza, vienen á buscar á Italia las colinas, los cielos resplandecientes y las ruinas ilustres; y brota una cohorte de artistas escogidos, como Both,

Swanevelt, Pynacker, Breemberg, Van Laer y Asselyn; pero la palma pertenece á los paisajistas holandeses, á Wynants, el pintor de la mañana; á Vander Neer, el pintor de la noche; á Ruysdael, el pintor de la melancolía; á Hobbema, el pintor de los molinos, de las cabañas y de las huertas, y á otros que se limitaron á manifestar el encanto de su modesta Naturaleza.

A la vez que el paisaje, nace otro género de pintura, enteramente propio de Holanda: la pintura de los animales. Los animales son la riqueza del país; y sobre todo, aquella magnífica raza bovina, que no tiene rival en Europa por su fecundidad y por su belleza. Los holandeses, que tanto la deben, puede decirse que la tratan como á parte de la poblacion; quieren á sus animales, los lavan, los peinan, los visten. Se ven en todas partes, se miran en todos los canales; embellecen el país pintando de innumerables manchas negras y blancas los inmensos prados; dan á todos los sitios un aire de paz y de bienestar que hace brotar en el corazon no sé qué sentimiento de arcádica dulzura y de serenidad patriarcal. Los artistas holandeses estudian á todos estos animales en todas sus variedades y en todas sus costumbres; adivinan, por decirlo así, su vida íntima, sus sentimientos, y vivifican con ellos la tranquila belleza de sus paisajes. Rubens, Snyders, Pablo de Vos y otros muchos pintores belgas, habian retratado anima-

les con admirable maestría; pero todos han sido superados por los holandeses Van de Velde, Berghem, Karel du Jardin, y por el príncipe de los pintores de animales, Pablo Potter, cuyo famoso *Toro*, del Museo de La Haya, debia tener el honor de estar colocado en el Palacio del Louvre, frente á la Transfiguracion de Rafael.

En otro ramo de pintura tenian que descollar los holandeses: en la marina. El mar, su enemigo, su poder y su gloria, que está sobre su pátria, que la atormenta y la teme, y entra por mil partes y de mil maneras en su vida; aquel mar del Norte, turbulento, lleno de sombríos colores, iluminado por puestas del sol de una tristeza infinita, que azota una ribera desolada, tenia que subyugar la imaginacion de los artistas holandeses. En efecto, éstos pasan largas horas en la playa contemplando su tremenda belleza; se aventuran entre las olas para estudiar la tempestad; compran buques y navegan con sus familias, observando y pintando; siguen á las escuadras nacionales en las guerras y asisten á las batallas, y así tienen pintores de marinas, como Guillermo Van de Velde, el viejo, y Guillermo, el jóven; Backuisen, Dubbels, Stork.

Otro género de pintura tenia que surgir en Holanda como expresion del carácter del pueblo y de las costumbres republicanas. Un pueblo que sin grandeza habia hecho tantas grandes cosas, como

dice Michelet, debía tener su pintura—si así puede llamarse—heróica, destinada á ilustrar hombres y acontecimientos. Pero esta pintura, justamente porque aquel pueblo no tenia grandeza, ó mejor dicho, la forma de la grandeza, era modesta, inclinado á considerar á todos iguales ante la pátria, porque todos habian cumplido su deber, aborrecedor de las adulaciones y de las apoteosis que glorifican en uno solo las virtudes y el triunfo de muchos; esta pintura debía ilustrar—no á unos pocos hombres elevados y unos cuantos hechos extraordinarios—sino á todas las clases de los ciudadanos en las ocasiones más ordinarias y pacíficas de la vida civil. De aquí, los grandes cuadros que representan cinco, diez, treinta personas reunidas; arcabuceros, síndicos, oficiales, profesores, magistrados, administradores, sentados ó de pié en torno de una mesa, banqueteadando ó discutiendo, todos de tamaño natural, todos retratos fidedignos, rostros serios, francos, en los que resplandece la íntima serenidad de la conciencia tranquila, en los que más que se ve, se adivina la nobleza de la vida consagrada á la pátria, el carácter de aquella época fuerte y trabajadora y las viriles virtudes de aquellas generaciones; todo esto realizado por el hermoso traje del Renacimiento—que reúne tan admirablemente la seriedad y la gracia—por las gorgueras, las corazas, las capas negras, las cintas de seda, las bandas, las armas

y las banderas. Y en este género produjeron obras maestras los Van der Helst, los Hals, los Goevat, Fluik y los Bol.

Descendiendo de la consideracion de los diversos géneros de pintura, á la manera especial, á los medios de que se sirvieron los artistas al tratarlos, se nos presenta uno principalísimo, que es como el rasgo distintivo de la escuela holandesa: la luz.

La luz en Holanda por las particulares condiciones en que se presenta, debía producir una manera particular de pintar. Una luz pálida, ondulando con una movilidad maravillosa á través de una atmósfera cargada de vapores, un velo nebuloso continúa y bruscamente desgarrado, una lucha perpétua entre los rayos de luz y las sombras, era un espectáculo que debía atraer la atención de los pintores. Estos comenzaron á observar y á retratar todas estas inquietudes del cielo, esta lucha, que anima con vida variada y fantástica la soledad de la Naturaleza holandesa; y al retratarla como lo hacian, esta lucha pasó á sus imaginaciones, y entonces, en lugar de retratar, crearon. Entonces hicieron chocar ellos á ambos elementos; acumularon las tinieblas para asactearlas con toda clase de resaltes luminosos y de caidas de luz; para hacer deslizarse y morir los rayos del sol, los reflejos crepusculares, los resplandores de faroles convirtiéndose con delicadísimos matices en som-

bras misteriosas y poblar estas sombras de formas confusas que se ven y no se distinguen, y crear así toda suerte de juegos, de contrastes y de efectos de claro-oscuro inesperados y extraños. En esto hicieron verdaderos prodigios, entre muchísimos otros, Gerardo Dow, el autor del famoso cuadro de las cuatro velas, y el grande, mágico, sobrehumano iluminador, Rembrandt.

Otro carácter principalísimo de la pintura holandesa debía ser el colorido. Además de la razón generalmente aceptada de que en un país donde no hay horizontes montañosos, ni perspectivas accidentadas, ni grandes golpes de vista, ni formas generales, en fin, que se presten al dibujo, los ojos del artista deben ser en mayor grado seducidos por los colores; y que esto debe suceder más en Holanda, donde la luz incierta, la vaga bruma que empaña continuamente el aire, ablanda y debilita los contornos de los objetos, donde el ojo descuida la forma que no puede dominar bien, y se fija con preferencia en el color como el atributo principal que ofrece la Naturaleza; además de estas razones hay la de que en un país llano, uniforme y gris como Holanda, se necesitan los colores, como en un país meridional se necesitan las sombras. Los pintores holandeses no hicieron más que seguir el imperioso gusto de su pueblo, que pintó de vivísimos colores las casas, los buques, las estacas, las cercas del campo y en algunas partes

los troncos de los árboles; que se viste, y antes lo hacia mucho más, de colores alegres, y que ama los tulipanes y los jacintos hasta el frenesí. Así es que todos los pintores holandeses fueron vigorosos coloristas, Rembrandt el primero.

El realismo, favorecido por el carácter holandés, calmoso y lento, que permite á los artistas dominar su propio ardor, y ayudado por la Naturaleza que tiende á la exactitud y evita hacer las cosas á medias, debía dar á la pintura de aquel pueblo otro rasgo distintivo: lo acabado, que llevaron los holandeses al último grado de lo posible. Con razón se dice que en los cuadros holandeses se encuentra la primera cualidad de aquel pueblo: la paciencia. Todo está representado con la minuciosidad del daguerreotipo: los muebles con todas sus encoladuras, las hojas con todas sus fibras, los tejidos con todos sus hilos, los remiendos con todas sus puntadas, los animales con todos sus pelos, las caras con todas sus arrugas; todo ello acabado con microscópica precisión capaz de hacer creer que es obra del pincel de una hada, ó que el pintor perdió allí la vista y la razón. Defecto en el fondo, más que ventaja, porque el oficio de la pintura es retratar, no lo que hay, sino lo que los ojos ven, y los ojos no lo ven todo; pero es un defecto llevado á tan maravillosa excelencia, que se admira sin lamentarlo y no se atreve uno á desear que no exista. Por esto fueron fa-

mosos, como prodigios de paciencia, Dow, Mieris, Potter, Van der Helst, y en mayor ó menor grado, todos los pintores holandeses.

Pero el realismo, que dá á la pintura holandesa un carácter tan original y cualidades tan admirables, es, sin embargo, la raíz de sus más graves defectos. Los pintores holandeses, preocupados solamente de retratar la verdad material, no dan á sus figuras más expresion que la de sensaciones físicas. El dolor, el amor, el entusiasmo y los mil delicadísimos afectos que no tienen nombre, ó tienen diferentes nombres, segun las causas que los producen, rara vez ó nunca los expresan. Para ellos el corazon no late, el ojo no llora, la boca no tiembla. En sus cuadros falta toda una parte, la más poderosa y más noble del alma humana. Además, en su afan de retratarlo fielmente todo, y especialmente lo feo, concluyen por exajerar aún esto; convierten los defectos en deformidades, los retratos en caricaturas; calumnian el tipo nacional; dan á toda figura humana un aspecto desgarbado y burlesco. Para tener donde colocar tales figuras, se ven obligados á elegir asuntos triviales; de ahí el sinnúmero de cuadros que representan borrachos con caras grotescas, abrutadas, en actitudes groseras, mujerzuelas, viejos despreciablemente ridículos, escenas en que parecen oirse gritos roncos y palabras obscenas. Cualquiera diria al mirar tales cuadros, que

la Holanda está habitada por el pueblo más deforme y de peores costumbres de la tierra. Aún descenden los pintores á mayores licencias. Steen dá una lavativa en medio de un cuadro; Potter pinta una vaca que orina; Rembrandt dibuja personas que hacen del cuerpo; Brouver representa borrachos que vomitan; Torrensius pone en circulacion cuadros tan desvergonzados que los Estados de Holanda mandan recojerlos y quemarlos. Pero aun dejando á un lado estos excesos, no se encuentra en un Museo de Holanda casi nada que eleve el ánimo y despierte altos y hermosos pensamientos. Se admira, se goza, se rie, se permanece pensativo ante cualquier paisaje; pero al salir se siente que no se ha gustado un placer por completo; se desea algo, se experimenta como una necesidad de ver caras hermosas y leer versos inspirados, y algunas veces se murmura casi sin notarlo:—¡Oh, Rafael!

En fin, hay que recordar aún dos grandes cualidades de esta pintura; su variedad y su importancia como expresion, como espejo, por decirlo así, del país. Quitando á Rembrandt con el grupo de sus imitadores, casi todos los demás artistas son muy diferentes entre sí; acaso ninguna otra escuela presenta tan gran número de maestros originales. El realismo de los pintores holandeses nació de su comun amor á la Naturaleza, pero cada uno lo ha hecho traslucirse en el cuadro á su ma-

nera; cada uno ha reproducido una impresion diferente que habia recibido de la Naturaleza; partiendo todos de un punto comun que era el culto de la verdad material, cada uno llegó á un término diferente de los demás. Constriéndolos su realismo á retratarlo todo, ha hecho que la pintura holandesa consiguiera representar á Holanda más completamente que ninguna otra escuela de pintura á ningun otro país. Se ha dicho que si, aparte de las obras pictóricas, desapareciese todo testimonio visible de la existencia de Holanda en el siglo XVII—su gran siglo—se encontraria toda entera en los cuadros: las ciudades, los campos, los puertos, las naves, los mercados, las tiendas, las ropas, los utensilios, las armas, los cacharros, las mercancías, las comidas, los placeres, las costumbres, las creencias religiosas y las supersticiones, las buenas cualidades y los defectos del pueblo; y esto que es una gran condicion de una literatura, no es menor para su arte hermana.

Pero en la pintura holandesa hay un gran vacío que no es suficiente á disculpar la índole tranquila y pacífica del pueblo. Esta pintura tan genuinamente nacional ha descuidado pintar, salvo alguna que otra batalla naval, todos los grandes hechos de la guerra de la Independencia, entre los que serian suficientes los sitios de Leyden y de Harlem, para inspirar y suscitar una legion de artistas. Una guerra de casi un siglo, llena de vic-

situdes extrañas y terribles, no ha sido recordada en un solo cuadro memorable. ¡Esta pintura tan variada y tan concienzuda para representar el país y su vida, no ha representado ni una escena de aquella gran tragedia, como la llamó profetizando Guillermo el Taciturno, que produjo en el pueblo holandés, durante tanto tiempo, tantas diversas conmociones de terror, de dolor, de ira, de alegría y de orgullo!

El esplendor del arte en Holanda se nubló con el de la grandeza política. Casi todos los grandes pintores nacieron en los primeros treinta años del siglo XVII, ó en los últimos del XVI; todos habian muerto pasados los diez primeros años del XVIII, y en este siglo no brilló ningun otro; Holanda habia agotado su fecundidad. Ya al fin del siglo XVII el sentimiento nacional habia comenzado á debilitarse, el gusto se corrompia, la inspiracion de los pintores declinaba con la energia moral del país. En el siglo XVIII, los artistas—como si estuvieran cansados de la Naturaleza—vuelven á la mitología, al clasicismo, á lo convencional; la imaginacion se enfria, el estilo empobrece, toda chispa del antiguo génio se apaga; el arte holandés muestra todavia al mundo las flores maravillosas de Van Huysum, el último gran enamorado de la Naturaleza, y luego retira la cansada mano, y aquellas flores caen sobre su tumba.

El actual Museo de Pinturas de Rotterdam no contiene más que un corto número de cuadros—entre ellos muy pocos de los primeros artistas—y ninguna de las obras maestras de la escuela holandesa. Trescientos lienzos y mil trescientos dibujos fueron destruidos por un incendio en 1864; y todo lo que hay allí, procede en gran parte de un tal Jacob Otto Boymans, que lo dejó en su testamento á la ciudad de Rotterdam.

Sin embargo, se puede entrar en este Museo, más para conocer individualmente á algun artista, que para admirar la escuela holandesa.

En una de las primeras salas se ven algunos esbozos de batallas navales, firmados por Willem Van de Velde, considerado como el primer pintor de marinas de su tiempo, hijo de otro Willem, tambien pintor de marinas, llamado el viejo para distinguirlo del primero, llamado el jóven. Padre é hijo tuvieron la fortuna de vivir en tiempo de las grandes guerras marítimas entre Holanda, Inglaterra y Francia, y de poder ver con sus propios ojos las batallas. Los Estados de Holanda habian puesto á su disposicion una pequeña fragata; el hijo acompañó á su padre y ambos hicieron sus esbozos entre el humo de los cañonazos, adelantando á veces tanto con el buque, que obligaron á los almirantes á mandarles retroceder. Van de Velde, el jóven, superó con mucho á su padre, y no hizo casi más que cuadros pequeños:

un cielo grís, un mar tranquilo y alguna vela; pero tan bien hechos, que se aspira el olor salino de las aguas y se convierte el marco en una ventana. Este Van de Velde pertenece á aquel grupo de pintores holandeses que amaban el agua con una especie de furor, y que puede decirse que pintaron sobre el agua. De éstos era tambien Backuisen, pintor de marinas, que tuvo gran boga en su tiempo, y á quien Pedro el Grande, en el tiempo que estuvo en Amsterdam, eligió por maestro suyo. Este Backuisen se arriesgaba—segun dicen—en una barquilla, en el mar embravecido, para observar de cerca los movimientos de las olas, y ponía en tal peligro á sí mismo y á los marineros, que éstos, más cuidadosos de su pellejo que de los lienzos, lo volvian á tierra á pesar suyo. Juan Griffier hacia más. Habia comprado en Lóndres un pequeño buque, lo habia amueblado como una casa, habia instalado en él á su mujer y á sus hijos, y navegaba así por cuenta propia, en busca de asuntos. Como una tempestad habia despedido su embarcacion contra un banco de arena y destruido todo lo que tenia, él, que se habia salvado con su familia milagrosamente, se fué á Rotterdam; pero fastidiado al poco tiempo de la vida de tierra, compró un barco descuadernado, volvió á navegar, arriesgó otra vez su vida junto á Dordrecht, y continuó navegando.

En lo tocante á marinas, el Museo de Rotter-

dam no tiene casi nada; pero está dignamente representado el paisaje por dos cuadros de Ruysdael, el mejor de los paisajistas del género campestre. Son dos de sus asuntos favoritos: sitios espesos y solitarios que inspiran, como todos los demás cuadros suyos, cierto vago sentimiento de melancolía. La gran potencia de este artista, que sobrepuja á la escuela holandesa por una singular gentileza de ánimo y superioridad de educacion, es el sentimiento. Se ha dicho justamente que se sirvió del paisaje para expresar sus amarguras, sus tédios, sus sueños, y que ha contemplado á su propio país con una especie de amarga tristeza, como la de un enfermo, y que creó los bosquecillos para ocultar esta tristeza. La luz velada de Holanda es la imágen de su alma; nadie sintió con más delicadeza la dulzura melancólica, nadie mejor que él representó con un rayo de luz lánguida, la sonrisa de una criatura afligida. Por esta naturaleza excecpcional suya, no fué estimado de sus conciudadanos hasta mucho tiempo despues de su muerte.

Junto á uno de los cuadros de Ruysdael hay otro cuadro de flores de una pintora, Raquel Ruisch, mujer de un pintor chillon, nacida en la segunda mitad del siglo XVI, y muerta con el pincel en la mano á los ochenta años de edad, despues de haber probado á su marido y al mundo que una mujer juiciosa puede cultivar apasiona-

damente las bellas artes y tener tiempo para echar al mundo y educar diez hijos.

Puesto que he recordado la mujer de un pintor, diré de pasada que podria escribirse un bonito libro sobre las mujeres de los pintores holandeses, ya por la variedad de sucesos que ofrecen, ya por la importante parte que tuvieron en la historia del arte. Muchas son conocidas personalmente porque muchos pintores hicieron su retrato, junto con el propio y con los de los hijos, del gato y de la gallina; y de casi todas hablan los biógrafos, confirmando ó desmintiendo voces que corrieron sobre la conducta de ellas. Alguien se arriesgó á decir que hicieron bastante mal á la pintura. A mí me parece que ha habido males por una parte y por otra. Respecto á Rembrandt, se sabe que el período más feliz de su vida fué el que transcurrió entre su primer matrimonio y la muerte de su esposa, hija de un burgomaestre de Leuwarde; la posteridad debe, pues, gratitud á su mujer. Sabemos que Vander Helst se casó, ya de edad avanzada, con una hermosa jóven de la que nada hubo que decir; y la posteridad debe estar agradecida á aquella mujer que alegró la vejez del gran artista. No se puede hablar de todo el mundo lo mismo; es verdad. De las dos mujeres de Steen, la primera fué una cabeza loca, que echó á perder la cervecería que habia heredado de su padre en Delft, y la segunda, por lo que se dice, le fué in-



fiel. La segunda mujer de Heemskerk, era una descocada tal, que su marido tenia que andar siempre dando excusas de sus demasias. La mujer de Hondekoeter era una mujer rara y molesta, que lo obligaba á pasar las noches en las tabernas para librarse de su compañía. La mujer de Berghem era una avara insaciable que lo despertaba bruscamente cuando lo veía adormecido sobre sus pinceles, para que trabajase y ganase, y el pobre hombre se veía precisado á inventar subterfugios cuando cobraba sus cuadros, para poder comprar estampas. Por el contrario, no se concluiría de citar casos si se quisieran recordar picardías de los señores maridos. El pintor Griffier obliga á su mujer á correr mundo en una barca, el pintor Veenix pide permiso á su esposa para pasar cuatro meses en Roma, y se está allí cuatro años; el pintor Harel du Jardin, se casa con una vieja rica para pagar sus deudas y la deja plantada cuando las ha pagado; el pintor Molyne hace asesinar á su mujer para casarse con una genovesa. Dejo en duda si el pobre Pablo Potter fué engañado, como algunos afirman y otros niegan, por la esposa á quien amaba perdidamente, y si el gran pintor de flores, Huisum, que rabió de celos en medio de las riquezas y de la gloria, por una mujer que no era jóven ni bella, tuvo ó no fundados motivos para rabiarse, ó si se le habian metido en la cabeza sin razon las habladurías de sus envidiosos rivales. Para con-

cluir honradamente, recuerdo á las tres mujeres del pintor Eglon, que lo coronaron de veinticinco hijos, los cuales no le quitaron tiempo para pintar un gran número de cuadros.

Hay en el Museo de Rotterdam algunos cuadros pequeños de Alberto Cuyp, un paisaje, caballos, gallinas y frutas de aquel Alberto Cuyp que *formó parte de sí mismo* en el arte holandés, que pintó en el curso de su vida casi secular retratos, paisajes, animales, flores, escenas de invierno, efectos de luna, marinas, cuadros de figura, y dejó en los cuadros de todo género un sello original; y que sin embargo, fué, como casi todos los pintores holandeses de su tiempo, tan poco afortunado, que hasta 1750, ó sea más de cincuenta años despues de su muerte, no se pagaba más de cien pesetas por aquellos de sus cuadros por los que ahora se pagarian cien mil, no en Holanda, sino en Inglaterra, donde hoy están casi todas sus obras.

No mencionaria siquiera un *Cristo en el sepulcro*, de Heemskerk, si no fuese un pretesto para dar á conocer al artista, que fué uno de los tipos más curiosos que se han visto en el mundo. Van Veen, que este es su nombre, nació en el pueblo de Heemskerk hácia el fin del siglo XV, y floreció en el período de la imitacion italiana. Era hijo de un aldeano, y por más que sentia cierta disposicion para la pintura, fué destinado á al-